

salir á campaña, y no era capaz de obrar bajo el imperio de circunstancias excepcionales, que Santa-Anna salvaba con tanta prontitud como arrojo.

La calma impasible de Rincon contrastaba fuertemente con la incansable movilidad de Santa-Anna, quien continuamente tenia en alarma á sus enemigos; pero esto no era suficiente para contrariar los grandes recursos que, aunque con lentitud, podia desarrollar el Ministerio presidido por Pedraza, y le fué preciso á Santa-Anna pensar en la manera de salir de aquella situacion embarazosa, no teniendo esperanza de un posible triunfo cuando en ningun Estado era secundado el delincuente atentado por él cometido, abstencion que manifestaba claramente la reprobacion que hallaba en el sentimiento público. En aquellas circunstancias resolvió Santa-Anna seguir la indicacion que le habia hecho el teniente coronel Mejía, acerca de lo conveniente que seria una expedicion á Oaxaca por ser un Estado abundante en recursos y porque ahí contaban gran cantidad de partidarios. Despues de una junta verificada en el castillo quedó arreglada la expedicion á Oaxaca; el 19 de Octubre á las siete de la noche salieron los sitiados con direccion á San Andres Chalchicomula y destacó Santa-Anna fuerzas al mando de Arista y Mejía sobre Orizava y Córdoba para buscar recursos. En Oaxaca encontró numerosos adictos que se unieron á sus filas y le entregaron los difíciles pasos donde habria perecido con sus tropas si le hubieran presentado resistencia. Uno de los que primero se le adhirió fué el coronel Pantoja que tenia á su cuidado el paso de la cuesta de Cuicatlan, considerado entre los más estrechos de aquel Estado, con desfiladeros y bosques donde un puñado de soldados decididos y valientes puede impedir el avance á numerosas tropas. Fraccionó Santa-Anna sus fuerzas siguiendo con una parte de ellas por el Espinazo del Diablo, y mandó el resto por la cuesta de Cuicatlan al mando del coronel Heredia. Capituló Etla donde por una mala disposicion se habia encerrado el teniente coronel D. Timoteo Reyes; Arista entró el primero á Oaxaca y disolvió la milicia llamada de los «triquitracos,» fugándose el gobernador del Estado D. Joaquin Guerrero.

El general Rincon habia seguido á Santa-Anna con inesplicable lentitud: los dos gefes tuvieron una conferencia en San Juan, donde nada quedó arreglado, pues tan solo habian acordado formular varias proposiciones para someterlas al Congreso general de 1829, con la condicion de que Santa-Anna no ocuparia la capital del Estado; no habiendo tenido efecto esta condicion siguieron adelante las operaciones militares. Perdido por Santa-Anna un combate el 14 de Noviembre, se vió precisado á encerrarse en el convento de Santo Domingo, en la capital de Oaxaca; quiso salir del aprieto pretextando que deseaba marchar á la cabeza de sus tropas contra la proyectada invasion española, y que se dejara el asunto del pronunciamiento á juicio del congreso general; pero Rincon no admitió la propuesta sino con la condicion de que Santa-Anna se someteria sin restricciones al gobierno. Habiendo renunciado el mando el gefe Rincon por motivos de exagerada delicadeza, se hizo cargo de las fuerzas sitiadoras el general Calderon, quien continuó los trabajos, y sin duda hubiera sucumbido Santa-Anna á no haber sobrevenido el triunfo de la revolucion que tomó el nombre de la Acordada, á consecuencia de la cual celebró Calderon un armisticio con Santa-Anna por orden del Supremo Gobierno, y de ese modo salió como por milagro de la atrevida empresa á que tan inconsideradamente se habia lanzado. Pero como las tropas del gobierno desconocieron lo que éste disponia, aún tuvieron efecto algunas escaramuzas, terminando con un arreglo por el cual evacuaron la plaza.

Entonces pasó Santa-Anna á Tehuacan donde tuvo una entrevista con Guerrero y

luego se dirigió á Jalapa; el buen éxito de su temeraria empresa le dió el puesto de gobernador del Estado y el Congreso general derogó la disposicion por la que le habia declarado fuera de la ley. Allí permaneció en 1829 reuniendo tropas para oponerse á la invasion española, conducta que fué mal interpretada, no obstante que de una manera bien clara se veia el tenaz orgullo con que el monarca español se empeñaba en sostener lo que él llamaba «su derecho,» respecto á todos los países que fueron colonias españolas, queriendo restablecer su perdido dominio apoyado en falsos informes que le dieron los emigrados, segun los cuales habia llegado el momento favorable para la reconquista. Por varios conductos, pero principalmente por cartas particulares llegadas de la Habana á los Sres. D. José María Pasquel y D. Joaquin de Muñoz y Muñoz, eran sabidos por Santa-Anna los preparativos hechos en la capital de la isla de Cuba por los invasores. Tambien se le dijo á Santa-Anna á mediados de Junio, que la expedicion desembarcaria en Yucatan, que la mandaria un individuo que tenia por sobrenombre el «Loco,» con quien estaban disgustadas las tropas expedicionarias, y por varios conductos supo que se trataba de poner á la cabeza de los destinos de México un príncipe de la sangre real; las noticias se confirmaron por la vía de Nueva-Orleans, siempre señalando á Campeche como punto objetivo de la invasion. Tambien el encargado de negocios de la República en Lóndres, hizo saber la certidumbre de la expedicion, segun las noticias recibidas de Madrid y aseguró que habia la intencion de proclamar la independencia mexicana bajo el gobierno del infante D. Francisco de Paula.

Una escuadrilla francesa condujo á Veracruz la noticia de que ya la escuadra española habia zarpado de la Habana á fines de Junio, y el gobierno mexicano dictó cuantas disposiciones estuvieron á su alcance para oponerse á los tres mil invasores que tras una penosa travesía desembarcaron el 28 de Julio en Cabo-Rojo, al mando del brigadier Barradas, avistándose algunos buques al siguiente dia en Pueblo Viejo. Pronto se supo esto en Veracruz, en la noche del 1º de Agosto, y Santa-Anna se resolvió á dejar bien puesto el nombre de México, empleando en esa ocasion el arrojo y su fé en el triunfo; luchando con la carestía de recursos se puso al frente de las tropas procedentes en su mayor parte del Estado de que era gobernador, en cuyo territorio habian desembarcado los extranjeros, y se lanzó á la lid para castigar á las huestes invasoras, primeras que despues de la independencian pisaban el territorio nacional. Desde que se anunció la invasion habia solicitado Santa-Anna que le concediera el gobierno ir á batir á los españoles en el punto en que desembarcaran, aun cuando estuviese fuera del territorio veracruzano del que era gobernador y comandante general, y al acceder el gobierno á su peticion se habia trasladado á Veracruz, donde dió órdenes para poner sobre las armas varios cuerpos de milicias que debian cuidar las costas. Cuando recibió la noticia de que habian desembarcado los españoles, no pensó más que en ir á atacarlos con todas las fuerzas disponibles, dejando en Veracruz las indispensables para resguardarlo. Dictó además cuantas medidas creyó oportunas, pero como no habia ni un peso en las arcas públicas, faltaba con esto el elemento organizador y aparecian ridículos los aprestos para rechazar una fuerza que disponia de todo lo necesario para vencer.

Quiso Santa-Anna que los cuerpos de cívicos fueran pagados por los fondos municipales y aunque esto no era posible, insistió multando en cincuenta pesos á los capitulares que se negaran á imponer nuevos gravámenes para ello. Activamente pasó aquel gefe á Jalapa y llevó consigo para Veracruz á todas las fuerzas que allí estaban

y nombró por mayor general al coronel D. Mariano Arista. No contaba con buques para trasportar cerca de mil hombres que pudo reunir, pues á excepcion del viejo navío «Congreso» y de una goleta, ya toda la escuadrilla habia concluido y tampoco tenia dinero para mover las tropas; pero á todo proveyó con loable actividad. En tres dias colectó un préstamo de veinte mil pesos impuesto al comercio veracruzano, fletó algunas embarcaciones para conducir á Tampico la infantería y artillería, é hizo marchar por tierra la caballería, moviéndose el 4 de Agosto sobre el enemigo con poco más de mil hombres, de los que doscientos eran de caballería; formaban la division de operaciones los cuerpos 3º y 5º permanentes, el activo de Tres-Villas, las compañías de preferencia del 2º y del 9º, el activo de Veracruz, los escuadrones de Jalapa y Orizava y una corta seccion de artillería; á esas fuerzas se unieron los cívicos de Tuxpam, Tamiahua, Huejutla, Pánuco y Tampico de Veracruz, llevando por gefes á D. Pedro Lemus, D. José Antonio Heredia, D. José Juan Landero, D. Pedro Landero, D. José Ignacio Iberri, D. José Antonio Mejía y otros que fueron notables. A la division se agregaron varios paisanos poseidos del fuego patriótico que no mide los peligros. El general en gefe y su Estado Mayor se embarcaron en la goleta «Luisiana» la infantería y artillería en tres bergantin-goletas, cinco goletas y cinco lanchas con algunas piraguas y botes de pescar para auxiliar al desembarco; iba la fuerza con direccion á Tampico, pero habiéndose avistado un buque de guerra que se creyó español, desembarcó en Tecolutla uniéndosele en el mismo dia la caballería que casualmente pasaba por ese punto, y siguieron por la costa hasta Tuxpam. La brigada se detuvo allí tres dias para proveerse de víveres y establecer un hospital donde quedaran los enfermos, y continuando la caballería por tierra, cruzaron la infantería y artillería en canoas por la laguna de Tamiahua con direccion á Pueblo Viejo, donde nuevamente se reunieron el 20 de Agosto.

Entretanto, los españoles habian pasado á Tampico de Tamaulipas cayendo en su poder el fortin de la barra y aunque los pueblos quedaban desiertos á su aproximacion, se empeñaban los invasores en creer que pisaban un país de amigos, sin atender al ningun efecto producido por las proclamas dirigidas á las poblaciones invitándolas á volver á la obediencia del rey. Ya el general D. Manuel de Mier y Teran, que se hallaba reconociendo los límites de la frontera entre Tejas y los Estados-Unidos, hostilizaba á los españoles unido al general Garza, invitado por éste, cuando Santa-Anna llegó al campo de los sucesos y le nombró su segundo. Una parte de los españoles con Barradas habian ido por Altamira y Villerías á hostilizar á Garza y Teran, y estando así divididas las fuerzas invasoras resolvió Santa-Anna atacar á las que permanecian en Tampico. Esperaba sorprender al enemigo; pero la precipitacion de varios soldados que desde una canoa hicieron fuego á otra que creian enemiga, infundió la alarma en la guarnicion de Tampico y dió motivo á que las tropas mexicanas tuvieran que tomar palmo á palmo el terreno, quedando los españoles reducidos á una casa en el centro y despues de muchas horas de combate enarbolaron bandera blanca pidiendo capitulacion; mientras los comisionados para ello conferenciaban, apareció Barradas que regresaba de Altamira al saber que el cuartel general era atacado, se interrumpieron los tratados y las tropas de Santa-Anna quedaron en grave riesgo de caer prisioneras; pero ya porque no supiera el número de la fuerza mexicana, ó por otras razones, en vez de atacarla se limitó Barradas á solicitar una entrevista con Santa-Anna y en ella pidió que las tropas mexicanas dejaran libre el cuartel general retirándose á Pueblo Viejo, desde cuyo punto tratarian lo que juzgaran más conveniente.

Como era de esperarse, aceptó Santa-Anna con prisa la oferta, aparentando que lo hacia para evitar mayor efusion de sangre, é hizo alarde de fuerzas que decia tener al otro lado del rio, y con tambor batiente y bandera desplegada regresaron sus soldados á Pueblo Viejo. Barradas, que habia quedado aislado porque los buques de la expedicion habian regresado á la Habana, trató de sacar ventajas por medio de la política, y entró en pláticas con Santa-Anna, quien contestó que habia recibido instrucciones del gobierno prohibiéndole que oyera al gefe español, excepto en el caso de que se tratara de capitulacion ó evacuar el territorio de la República, y como ya entonces se habian aumentado las fuerzas mexicanas de los dos lados del Pánuco y el general Teran, por disposicion de Santa-Anna, habia ocupado el paso de «Doña Cecilia» cortando las comunicaciones entre el fortin de la Barra y Tampico, así como con los nuevos buques españoles que llegaran de la Habana, fué intimado el gefe español para que se rindiera á discrecion con todas sus fuerzas en el espacio de cuarenta y ocho horas; precisamente entonces enviaba Barradas un comisionado proponiendo el arreglo de una capitulacion que Santa-Anna insistió en que fuera absoluta, y aún dió un ataque sobre el fortin de la Barra en la tarde y noche del 10 de Setiembre, dejando la direccion al general Teran; el 11, poco despues del amanecer, se presentaron en Pueblo Viejo dos comisionados del gefe español y arreglaron la capitulacion, por la cual toda la fuerza invasora debia rendir las armas, banderas y municiones al dia siguiente, acontecimiento muy humillante para las huestes españolas pero resultado de su temeridad.

Estos sucesos hicieron que la Nacion toda volviera los ojos hácia el general que con tanta actividad como fortuna llegaba por cuarta vez á dar cima á las grandes empresas que comenzara, y se generalizó la creencia de que pronto llegaria el jóven general á tener por completo en sus manos los destinos de la Patria; el sol de la gloria en el zenit lo bañaba y ninguna sombra aparecia á su derredor. Grandes fiestas se hicieron en honor del afortunado caudillo: fué colocada en el salon de la legislatura veracruzana una bandera que el general regaló, concurriendo al acto el vice-presidente Bustamante, y su popularidad llegó á la altura á que no se habia acercado la de otro mexicano. En la capital tuvieron lugar solemnes fiestas al recibirse dos banderas y un pabellon españoles. Santa-Anna se embarcó para Veracruz el 20 de Setiembre, é hizo una entrada victoriosa en medio del torrente de entusiasmo, condújole el pueblo en brazos hasta palacio, hubo Te-Deum, bailes y otras fiestas. La legislatura de Guanajuato le ofreció una espada de honor que le fué presentada por el Sr. D. Pedro Landero en la hacienda de Manga de Clavo. En Jalapa le fueron dedicadas solemnes fiestas, tomando parte en ellas el ejército de reserva, y toda la República celebró la victoria de Tampico con el más vivo entusiasmo, sin embargo de la profunda division que dominaba en los ánimos; los escritores ensalzaron en prosa y verso el mérito de las tropas mexicanas y del caudillo que las condujo al combate, sin que faltaran los ataques de la envidia que trató de quitar á Santa-Anna la parte que tuvo en el buen éxito de la jornada, para darlo todo á Teran, desatendiendo á la justicia que manda dar á cada uno lo que merece.

Antes de saberse la victoria ya Santa-Anna habia sido elevado á general de division desde el 29 de Agosto, á cuyo puesto tambien fué ascendido Teran el 5 de Octubre. La legislatura de Veracruz declaró á Santa-Anna benemérito del Estado y ciudadano del mismo al general Teran; cosa semejante hizo el Estado de Puebla que extendió el título de ciudadano á los gefes y oficiales que se distinguieron en tan memora-

ble campaña. Las legislaturas de Jalisco y Zacatecas, además de declarar ciudadanos á Santa-Anna y Teran, concedieron medallas á las milicias cívicas que marcharon á Tampico aun cuando no hubieran llegado á batirse. El Congreso general decretó en 1833 una medalla de honor á todos los que estuvieron en aquella campaña; la del general en jefe era de oro, y llevaba en el centro del anverso el escudo de las armas nacionales y en la orla este lema: «Abatió en Tampico el orgullo español;» en el reverso se leía: «El Congreso general en 1833.» El año de 1835 declaró el Congreso general á Santa-Anna benemérito y dispuso que su nombre fuera inscrito en una pirámide que se habia de levantar en el lugar donde los españoles rindieron las armas, llevando además de otras esta inscripción: «En las riberas del Pánuco afianzó la independencia nacional, en 11 de Setiembre de 1829.»

Santa-Anna se unió á los que solicitaron de Guerrero la remocion del ministro Zavala y publicó un manifiesto desmintiendo la voz de que conspiraba contra el presidente; en efecto, fué de los más constantes partidarios de ese jefe, llegando á aconsejarle que se mantuviera firme y que él combatiría; cuando la sublevacion que acaudilló Bustamante amenazaba derribarlo, se opuso con una brigada á los proyectos de los jalapistas, pero tuvo que someterse ante la debilidad que mostró Guerrero. Por medio de una acta desconoció al gobierno establecido en México despues de la caída del presidente, procediendo de acuerdo con la legislatura veracruzana; pero no pudo sostener sus proyectos por la desunion de las tropas. Esperaba que la Cámara de diputados no se doblegaría á las exigencias del poder militar y que los Estados no consentirían la destruccion de las instituciones, sin recordar la facilidad con que habia acontecido lo uno y lo otro hacia un año á consecuencia de la escandalosa sublevacion que regentó en Jalapa y Perote, contra el voto legal de las legislaturas. Retirado permaneció en el campo hasta que apareció como mediador entre Bustamante y los pronunciados en Veracruz contra el Ministerio, cuando en realidad era el director de la revolucion que acabó por dar la presidencia á Pedraza. Aunque habia estado aparentemente tranquilo en sus haciendas, no por eso era ménos sospechoso á los ministeriales que conociendo sus aspiraciones no le perdian de vista, pues sabian que la oposicion armada se habia organizado y tenia por gefes á varios generales; entonces fueron enviadas muchas tropas al Estado de Veracruz, lo que no impidió que tuviera lugar la sublevacion en el puerto. Llamado Santa-Anna á dirigirla por el acta levantada en Veracruz, aceptó y entró á la ciudad el 3 de Enero de 1832, entre las aclamaciones y el entusiasmo de las tropas, y supo ocultar tan bien sus planes que, no obstante su conducta, consiguió aparecer como impelido por las circunstancias al tomar parte en la revolucion.

Llegando á ser el jefe declarado de ella, como ántes lo habia sido oculto, tomó dinero de las arcas federales é hizo contratos; pero obtuvo contestacion negativa á las invitaciones que á varios gefes dirigió para atraerlos á una causa que no encontró de pronto eco entre las legislaturas de los Estados. Sin embargo, Santa-Anna llevó adelante sus propósitos y dando por pretexto la obstinacion del vice-presidente en contrariar la opinion nacional, al dejar ministros impopulares al frente de los negocios, dijo que se encargaba de librar á los mexicanos del yugo que los agobiaba dándoles la libertad por la cual habia combatido desde 1821. Tuvo algunas conferencias con los comisionados á nombre del gobierno general, sin que llegaran á ningun arreglo, tratando siempre Santa-Anna de ganar tiempo y habiendo sacado tropas de Veracruz cuando las del gobierno destinadas á sitiarse al puerto se retiraban, dió en Tolome una batalla en la que

fué derrotado, despues de haber tenido algunos triunfos parciales; situóse en ese punto á la vanguardia de los ministeriales para obligarlos á batirse, y fué tan completa la derrota, que en ella dejó Santa-Anna el pañuelo y el sombrero. Los cadáveres apilados en grandes montones, fueron quemados, y hasta el dia nota el viajero el lugar donde estuvo la hoguera por no haber nacido el césped; entre el vulgo se ha conservado la tradicion de que allí «espantan» y los individuos del pueblo que pasan de noche por aquel sitio de lúgubres recuerdos, se encomiendan de todo corazon á su santo favorito.

Vuelto Santa-Anna á Veracruz casi solo, reunió nuevos elementos para tentar fortuna; coronó las fortificaciones con muchas piezas de grueso calibre; armó cuatro lanchas, instruyó las tropas y fortificó las alturas de la ciudad que prontamente tomó un aspecto serio capaz de intimidar á los enemigos que de nuevo bajaron á establecer el sitio, pero á quienes las enfermedades y molestias hicieron retroceder. Procuró tambien Santa-Anna atraer á su partido al Estado de Yucatan por medio de avenimientos, cuando reprochaba á Bustamante el no haberlo reducido por la fuerza. Se manejó Santa-Anna de tal manera, que la segunda aproximacion del ejército sirvió tan solo para dar mayor prestigio á la revolucion y demostrar la impotencia del gobierno para dominarla por medio de las armas, sin que para nada sirviera el indulto concedido por el Congreso á los que abandonaran las filas de los sublevados, cuyo decreto fué mandado por el general sitiador, Calderon, al interior de la plaza, y no dió más resultado que mostrarse Santa-Anna cada vez más firme contra el gobierno presidido por Bustamante. Despues de esa repulsa todavía continuaron los sitiadores un camino cubierto; pero habiendo hecho grandes estragos las calenturas y el vómito, les fué preciso levantar el sitio, persiguiéndolos en la retirada las tropas de Santa-Anna. Propagada desde entonces la revolucion, salió este jefe de la plaza y marchando por Orizava, despues de reformar el Plan de Veracruz llamando al gobierno á D. Manuel Gomez Pedraza, derrotó en Chaltepéc y el Palmar al general Facio, tomó á Puebla y avanzó hácia la capital, pasó hasta Huehuetoca, y al saber que marchaba sobre él Bustamante, retrocedió rumbo á Puebla; sostuvo los indecisos combates de la hacienda de Casas Blancas y rancho de Posadas, viniendo á terminar todo con el Plan de Zavaleta que colocó en la presidencia á Gomez Pedraza, en union del cual hizo una solemne entrada en la capital.

Convocado el pueblo á elegir los individuos que habian de ocupar los primeros puestos en el gobierno, fué llamado Santa-Anna á la presidencia, como era de esperarse, y alternó durante un año el gobierno con el vice-presidente Gomez Farías, retirándose á sus fincas de campo para no ser obstáculo en el desarrollo de las reformas, contra las cuales de pronto se volteó y permitió que fueran destruidas á consecuencia de los pronunciamientos de Cuernavaca y Orizava; habia vacilado mucho en aceptar determinado partido, hasta el grado de hacerse prisionero y pasar por víctima de las tropas mandadas por Duran y Arista, á quienes persiguió por el interior, emprendiendo una penosa campaña en la que venció á sus antiguos compañeros y luego dió una amnistía; dudaba, así como muchos de los que pertenecian al partido progresista, que fuera tiempo oportuno para aplicar las reformas que consideraban útiles y necesarias, y en esa incertidumbre fué atraído con mucho tacto por el partido escoces que le puso en circunstancias de destruir todo lo hecho por Gomez Farías. Ocho meses ántes de entregarse en brazos de la reaccion habia formado una lista de personas desafectas á las reformas ó supuestas por tales y arregló que las Cámaras no solamente decretaran el destierro de